

Diseño interior y cubierta:
RAG

Traducción de
Francisco Sobrino

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Beyond Capital. Marx Political Economy of the Working Class.*
Second Edition

Publicada originalmente en inglés por Palgrave Macmillan, una división de Macmillan
Publishers Limited. La presente traducción se publica con licencia de Palgrave Macmillan.

© Michael A. Lebowitz, 1992, 2003
© Ediciones Akal, S. A., 2005
para lengua española
salvo Venezuela y Cuba

Sector Foresta, I
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2413-6
ISBN-13: 978-84-460-2413-2
Depósito legal: M-43.388-2005

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

Más allá de *El capital*

La economía política de la clase obrera en Marx

Michael A. Lebowitz

Prólogo de Marta Harnecker



Aquí tenemos ahora una totalidad orgánica en la que todas las premisas son resultados y todos los resultados son premisas: la unidad del capital y el trabajo asalariado, el capitalismo en conjunto. Es una unidad de opuestos en la que hay tanto C-TA-C, como TA-C-TA y que tiene como su propia naturaleza la lucha de clases bilateral. (Este desarrollo posterior está ilustrado por la figura 4.4.)

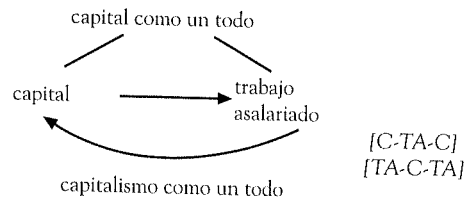


Figura 4.4. El capitalismo en conjunto, como una totalidad

No obstante, ¿es realmente una totalidad adecuada? ¿Refleja apropiadamente la totalidad concreta? ¿Y se presenta por sí misma sin premisas exteriores? En resumen, ¿podemos detenernos aquí? Dejaremos estas preguntas de lado por ahora. En primer lugar, es fundamental investigar las implicancias cuando tomamos conciencia de este segundo deber ser, la parte del trabajo asalariado para sí.

Debido a este *mediador extraño* –en lugar del hombre mismo siendo el mediador para el hombre–, el hombre considera su voluntad, su actividad y su relación con otros hombres como una fuerza independiente de él y de ellos. Su esclavitud, en consecuencia, alcanza su apogeo.

Karl Marx (1844b, p. 212)

El capitalismo como totalidad

Para el joven Marx, a quien algunos de nosotros seguimos queriendo, no había un sujeto, sino dos. A pesar de las limitaciones de sus primeras ideas, para él el capitalismo estaba claramente caracterizado por dos aspectos contradictorios y sus relaciones. Éstos contenían en su interior las relaciones del capitalismo como capital, las mismas relaciones como trabajo asalariado y las relaciones mutuas de estos dos entre sí.

El capital y el trabajo asalariado (la riqueza y el proletariado) eran comprendidos de este modo como antitéticas; y, como tales, constituían un todo (como está representado en la figura 5.1). Ambas dimensiones presuponen entre sí, se potencian recíprocamente y se desarrollan entre sí como condiciones positivas y activamente relacionadas, como dos lados de la misma relación. Efectivamente, para el joven Marx, el capital y el trabajo asalariado permanecían (y actuaban) en oposición recíproca hostil; y la lucha entre estos dos opuestos inseparables, estos elementos en un todo bilateral y contradictorio, constituía una relación dinámica, lucha de clases, empujándola inexorablemente hacia su resolución (Marx, 2004, pp. 124 y 131; 1975c, p. 35; 1987, pp. 42-43 y 48).

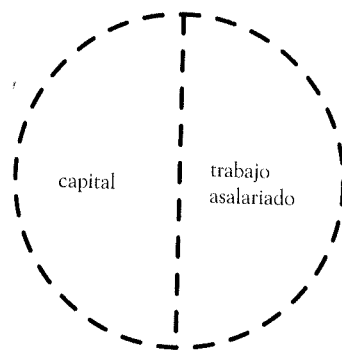


Figura 5.1. El capitalismo como un todo

El joven Marx sostenía que la economía política no podía comprender esto. Como hemos visto en el capítulo 2, la criticaba porque veía al trabajador sólo desde la perspectiva del capital. Pero ¿no es esa propiamente su posición en *El capital*? Por un lado, considera al trabajador meramente como el mediador del capital, como el medio que permite su crecimiento. Por el otro, el trabajador no es considerado un sujeto, tomando al capital como el mediador que le permite satisfacer sus necesidades y, al no hacerlo así, no ha desarrollado el aspecto del trabajador asalariado en la relación con el capital.

Sin embargo, por esa omisión no deberíamos concluir que Marx cambió de idea y abandonó su concepción del capitalismo como un todo. Ofreceremos dos argumentos que apoyan esta afirmación: uno lógico, y el otro textual.

En primer lugar, la parte del trabajo asalariado está presente en *El capital*, pero en forma latente. No es casual que gran parte de nuestra discusión en el capítulo previo se desarrollara en el mismo lenguaje de *El capital*. En este sentido, al desplegar el concepto del capitalismo como un todo (es decir, la consumación de la «totalidad interna») utilizando materiales de *El capital*, sugerimos una continuidad esencial en el pensamiento entre el joven Marx y el maduro. Ese concepto del capitalismo como totalidad está siempre presente, pero su presencia ha sido velada por un silencio: sólo se desarrolló plenamente la parte del *capital* dentro de esa totalidad.

Asimismo, esto no implica en absoluto que no haya habido desarrollos significativos, ni «rupturas epistemológicas» entre la posición del joven Marx y la del maduro. Por el contrario, esa ruptura se dio coincidiendo con su relectura de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, y se manifiesta en los *Grundrisse*. Pero no es un giro en la concepción del capitalismo como totalidad; sino que los *Grundrisse* representan el desarrollo de una nueva forma de comprender la parte del *capital* dentro de esa totalidad.

Mientras que Marx había avanzado previamente desde el trabajo hacia el capital, ahora enfatizaba que «para desarrollar el concepto del capital es necesario no comen-

zar con el trabajo, sino con el valor» (Marx, 1973, p. 279). En los *Grundrisse* descubrimos el surgimiento de un concepto adecuado de capital, el concepto de capital como autovalorización, como valor-para-sí. Vemos a Marx argumentar que el concepto mismo de capital debe contener en su interior todos sus desarrollos posteriores; y vemos que él explícitamente rechaza el análisis que pretenda explicar el progreso del capital a partir de sus formas exteriores de manifestación (como resultados de la competencia de muchos capitales en la superficie de la sociedad).

Él afirma ahora que tratar de explicar las leyes interiores del capital como el resultado de la competencia «equivale a reconocer que no se las comprende» (Marx, 1985b, p. 155). En resumen, ya no encontramos a Marx explicando el movimiento del capital como el resultado de movimientos exteriores de los capitales individuales (su repulsión y atracción), tal como lo hacía en sus escritos anteriores a los *Grundrisse* (como *Trabajo asalariado y capital*). Con este «corte» —una ruptura que no ha sido reconocida adecuadamente (como veremos en la manifiesta variedad de economistas marxistas que se ubican principalmente en la esfera de la competencia)—, Marx anunció como un primer principio la necesidad de aprehender completamente la naturaleza interna del capital.

Por lo tanto, con los *Grundrisse* comienza a existir un nuevo concepto de capital. Y, por supuesto, afecta nuestra comprensión del capitalismo como un todo. Consideremos en el anterior capítulo las figuras 4.1 y 4.4. Antes de los *Grundrisse* no podíamos decir que capital versus trabajo asalariado es valor-para-sí versus valor de uso para sí, dinero versus fuerza de trabajo, dinero versus mercancía, valor versus valor de uso; ciertamente, esta oposición del capital y el trabajo asalariado está contenida en forma latente en el interior de la mercancía, el celebrado punto de partida en el análisis.

Como señaló en los *Grundrisse*, «ya las formas simples del valor de cambio y del dinero contienen en forma latente la oposición entre el trabajo y el capital». Y como Lenin, quien observó en sus notas privadas sobre Hegel que era completamente imposible entender *El capital* «sin haber estudiado y entendido a fondo toda la *Lógica* de Hegel», comentó en esas mismas notas: «La forma simple del valor, el acto individual de intercambio de una mercancía dada por otra, ya incluye en una forma no desarrollada todas las contradicciones principales del capitalismo» (Lenin, 1963, pp. 174, 173).

El concepto del capitalismo como un todo es de este modo desarrollado adecuadamente sólo con esta nueva comprensión del capital que surgió en los *Grundrisse*; por lo que debemos agradecer (o culpar, según sea el caso) a Freiligrath el regalo que hizo a Marx de unos pocos tomos de Hegel que para Bakunin eran aparentemente inútiles (Marx y Engels, 1983, p. 249).

Entonces, ¿por qué no vemos esta nueva concepción del capitalismo como un todo en la obra madura de Marx? ¿Por qué *El capital* es unilateral? El problema es que Marx pospuso su «investigación acerca del trabajo asalariado en particular», a efectos de desarrollar «en la relación capital/trabajo asalariado el aspecto del capital en general»,

y ni siquiera terminó su libro sobre el capital. No sólo continuó descubriendo teóricamente nuevos aspectos del capital, sino que también estaba encantado de poder apoyar conclusiones teóricas con «hechos» (Marx y Engels, 1974, p. 137)¹. Dada la importancia en particular del tomo I de *El capital* (como veremos en el capítulo 8), en la elección de Marx hay una lógica definida. Sin embargo, el no haber incluido la parte del trabajo asalariado de una manera lógica y analítica equivalente a la desarrollada para la parte del capital ha dado por resultado un silencio que tiñe de cierta unilateralidad a todo el proyecto. El trabajo asalariado para sí y el capitalismo como un todo pueden estar presentes; pero sólo lo están «embrionariamente».

Si este caso lógico no pareciera suficientemente convincente, tenemos una segunda razón para creer que Marx mantuvo su primera concepción del capitalismo como un todo formado por dos partes. Sus otros escritos de la época revelan que sus ideas iban más allá de lo que podemos encontrar en *El capital*. Ya hemos visto que Marx reconoció la existencia de más de un «deber ser» en la época de su trabajo en *El capital* en su clásica afirmación en *Valor, precio y ganancia*:

La determinación de su grado efectivo (el de la ganancia) se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo a su máximo físico, mientras que el obrero constantemente presiona en el sentido contrario (Marx, 1987, pp. 135-136; la cursiva es nuestra).

Éste no es, en absoluto, el único lugar donde Marx reveló que no pensaba que los trabajadores sólo existían para el capital. En ningún lugar es más evidente que fue más allá de *El capital* que en el «Discurso Inaugural» de la Primera Internacional (que también es de la época en que estaba trabajando en su obra). En ese texto señaló la existencia *no de una economía política, sino de dos*: la economía política del capital y la economía política de la clase obrera.

Marx señaló que «dos hechos importantes» contrarrestaban el cuadro general de decadencia del movimiento obrero inglés tras 1848. Se habían logrado dos triunfos para «la economía política de la clase obrera». En el caso de uno de ellos, la Ley de las Diez Horas, no sólo hubo un triunfo práctico (el efecto de la jornada laboral más corta sobre las condiciones «físicas, morales e intelectuales» de los obreros), sino «algo más para realzar el maravilloso triunfo de esta medida para los obreros». Y este algo más tuvo que

¹ Como Marx indicó a Lasalle mientras trabajaba en los *Grundrisse*, «la cosa va avanzando muy lentamente porque, no bien uno empieza a disponer de temas a los que ha dedicado años de estudio, ellos comienzan a revelar nuevos aspectos y demandan ser pensados aún más» (Marx y Engels, 1983, p. 270).

ver con que la Ley de las Diez Horas implicaba una victoria sobre la «dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda que conforman la economía política burguesa». Era «el triunfo de un principio»; por primera vez «la economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la economía política de la clase obrera».

Sin embargo, «un triunfo más completo todavía de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad» era el surgimiento del movimiento cooperativo, especialmente las fábricas cooperativas. Éstas demostraban en la práctica que la producción moderna a gran escala puede «prescindir de la clase de los patronos que utiliza la clase de las “manos” [obreros]» (Marx, 1864, pp. 10-11).

Salvo para quienes ven todas estas victorias del lado del socialismo como triunfos para el capital, la descripción de los «dos hechos importantes» parece ser suficientemente razonable. No obstante, aquí se ha dado por sentado algo fundamental que en realidad no lo es. Si el propósito de Marx era una crítica de la economía política como tal, ¿cómo podía hablar con tanta aprobación de la economía política de la clase obrera? Y, si él estaba realmente atrapado en el interior de la lógica y las formas del capital en esa «trampa tendida por la “Economía Política”», ¿cómo podría saludar las victorias de una lógica alternativa? *En resumen, ¿qué economía política de los trabajadores es ésta que desafía la economía política del capital, e incluye ambos «triunfos»?*

Siempre hay un gran peligro al seleccionar citas de Marx en sentido literal sin comprender el núcleo central que las inspira. Trataremos de reconstruir y descubrir mediante el análisis ese núcleo, la economía política alternativa, e indicar la conexión intrínseca entre los dos aspectos identificados en el Discurso Inaugural. El punto de partida para el análisis es la descripción de Marx de «la dominación ciega de las leyes de la oferta y la demanda» como el fundamento de la economía política del capital.

Competencia y trabajo asalariado

En ese comentario sobre la economía política del capital subyacía su concepción de la relación entre el análisis de «el capital en general» y los fenómenos de «muchos capitales» en competencia. Antes de poder entender la conducta y los movimientos del capital en la superficie, Marx consideraba necesario comprender la naturaleza interna, el carácter esencial, del capital. De esta manera, su concepto del «capital en general» —«una abstracción que capta la diferencia específica del capital respecto a todas las otras formas de la riqueza, o modos a través de los cuales se desarrolla la producción (social)»— abstrae los fenómenos de la superficie a efectos de comprender las leyes internas, tendencias inmanentes y conexiones intrínsecas del capital (Marx, 1985a, p. 315; 1968, p. 106; Lebowitz, 1985b).

Sólo *entonces* se podría proceder a considerar al capital tal como realmente existe; como capitales individuales, como muchos capitales, como capitales compitiendo. ¿Por qué? Porque necesitamos distinguir entre lo que es necesario (es decir, lo que se desprende del concepto del capital) y lo que es contingente: es necesario distinguir «las tendencias generales y necesarias del capital y las formas en que se manifiestan las mismas». Sólo después de haber comprendido estas tendencias internas se puede entender los movimientos aparentes en la superficie:

El análisis científico de la competencia sólo es posible cuando se ha comprendido la naturaleza intrínseca del capital, así como el movimiento aparente de los cuerpos celestes sólo es comprensible a quien conoce su movimiento real, pero no perceptible por los sentidos (Marx, 1983a, p. 384).

De este modo, Marx desarrolló una comprensión de la naturaleza interna del capital y sus tendencias a través de un análisis en el que el actor es el «capital en general». Como hemos visto en el relato del capítulo 1, es «el capital» el que alarga la jornada laboral, disminuye los salarios reales, incrementa la productividad, y siempre para aumentar el plusvalor. Sólo a partir de esa comprensión era posible analizar los movimientos de los capitales en la superficie. La competencia «significa pura y simplemente esto: que los diversos capitales se imponen recíprocamente y se imponen a sí mismos las determinaciones immanentes del capital» (Marx, 1985b, p. 70). Lo que ocurre al nivel de la competencia, la existencia real del capital como muchos capitales, es la ejecución y manifestación de las leyes internas del capital en general: «Las leyes immanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento externo de los capitales individuales, se imponen en cuanto leyes coercitivas de la competencia» (Marx, 1983a, p. 384).

No satisfecho con afirmar este principio metodológico, Marx ofreció ejemplos sobre cómo se expresan exactamente a través de la competencia las tendencias internas del capital. La tendencia del capital a aumentar la jornada laboral (en extensión e intensidad) e incrementar la productividad —es decir, a subir la tasa de plusvalor— se manifiesta a través de los esfuerzos de los capitales individuales, en el contexto de la competencia, por reducir sus costos de producción en relación a otros capitales individuales. *La competencia de los capitales individuales por expandirse, su esfuerzo egoísta en sacar ventajas del mercado, es el modo en que se realizan en el capital sus tendencias internas a crecer.* Precisamente por esta razón, Marx describió las leyes de la competencia como «la ciega dominación de las leyes de la oferta y la demanda», como formadoras de la economía política del capital.

No obstante, consideremos el lado opuesto del capital: la parte del trabajo asalariado. Como hemos visto, *El capital* no tiene como objeto examinar el movimiento que se produce cuando «el obrero presiona en el sentido contrario» al capital. Aun cuando Marx escri-

ta la lucha sobre la jornada laboral, en lugar de investigar teóricamente la tendencia intrínseca de los obreros a luchar por la reducción de la misma, se concentra sobre el esfuerzo de los trabajadores por mantener la jornada laboral «normal» (es decir, una acción defensiva contra la iniciativa del capital). Y, por supuesto, no hay (como ya se señaló antes) en absoluto discusiones sobre la lucha obrera por elevar el nivel de vida; ella está excluida por la hipótesis de la que parte en *El capital*, de que el nivel de necesidades es un dato fijo, hipótesis que sería eliminada en el proyectado libro sobre el trabajo asalariado.

En general, aunque vemos la tendencia a aumentar la tasa del plusvalor por parte del capital, no vemos su contrapartida, la tendencia a *reducir* la tasa del plusvalor por parte del trabajo asalariado. Las mismas tendencias del trabajo asalariado en general, que surgen de «las necesidades de desarrollo del trabajador» y que son el fundamento de las luchas de los trabajadores *para sí mismos*, están ausentes. Con ese silencio sobre el fundamento teórico de la lucha de clases *de la parte del trabajador* (es decir, sobre *por qué* el trabajador «presiona constantemente en el sentido contrario»), no es de extrañar que *El capital* no revele la naturaleza precisa de la economía política de los obreros.

Volvamos a la relación entre las tendencias del capital en general, y su ejecución a través de la competencia. *¿Las leyes internas del trabajo asalariado se ejecutan en forma similar en la competencia?* La respuesta de Marx fue un «¡NO!» rotundo. Como el Consejo General de la Primera Internacional declaró (en un llamamiento adoptado unánimemente en una reunión a la que asistía Marx): «Puede preverse fácilmente cuál sería la suerte de la población laboriosa si todo fuera abandonado al regateo aislado e individual. Las férreas leyes de la oferta y la demanda, si no se las controla, reducirían rápidamente a los productores de toda la riqueza a un nivel de inanición» (Marx, 1867a, p. 137).

La lógica era transparente: la competencia entre los trabajadores «permite al capitalista forzar la reducción del precio del trabajo»; trae consigo un incremento de la extensión e intensidad de la jornada laboral de los trabajadores empleados, presiona en el mismo sentido que el capital: la tendencia es a *aumentar* la tasa del plusvalor!

En contraste con lo que ocurre del lado del capital, los esfuerzos de los asalariados *como individuos* por actuar en su propio interés van contra los intereses del trabajo asalariado *como un todo*. Consideremos el efecto del trabajo a destajo:

El mayor campo de acción que el pago a destajo ofrece a la individualidad, tiende por una parte a desarrollar dicha individualidad, y con ella el sentimiento de libertad, la independencia y el autocontrol de los obreros, y por otra parte la competencia entre ellos mismos, de unos contra otros. Tiende, pues, a aumentar los salarios individuales por encima del nivel medio, y al mismo tiempo, a abatir ese nivel (Marx, 1983a, p. 677).

Por otro lado, el egoísmo individual del asalariado comprometido en el trabajo a destajo lleva en forma similar a la intensificación del trabajo: «Dado el pago a destajo,

naturalmente, el interés personal del obrero estriba en emplear su trabajo de manera lo más intensa posible; lo que facilita al capitalista la elevación del *grado normal de la intensidad*» (Marx, 1983a, p. 675). De este modo, actuando en su interés individual y compitiendo entre ellos mismos, los trabajadores no expresan las tendencias internas del trabajo asalariado, sino más bien las del *capital*. En la medida en que el trabajo asalariado compite, lo hace como parte del capital, como su componente: «La competencia de los trabajadores entre sí no es más que otra forma de la competencia entre los capitales» (Marx, 1985a, p. 69).

Entonces, *¿cómo* «presiona constantemente [el obrero] en el sentido contrario» al capital? *¿Cómo* impide el trabajador al capital que reduzca «los salarios a su mínimo físico» y extienda la jornada laboral a «su máximo físico»? *Sólo negando la competencia*, violando la ley «sagrada» de la oferta y la demanda y participando en la «cooperación planificada» (Marx, 1983a, p. 797).

En resumen, *sólo cuando los asalariados luchan contra la competencia van contra las leyes internas del capital y manifiestan las leyes internas del trabajo asalariado*. En lugar de la separación y la competencia, sólo la combinación y la cooperación producen soluciones óptimas para los trabajadores. La lucha entre el capital y el trabajo asalariado, la contradicción esencial, en la superficie asume la forma de una lucha entre la competencia y la asociación.

Cooperación y separación

El reconocimiento de que el capital y el trabajo asalariado se encuentran en oposición hostil en lo que respecta a la competencia y a su negación es fundamental, pero insuficiente para revelar el fundamento de la economía política del trabajo asalariado. Para ello debemos investigar más a fondo y preguntarnos la razón de ello. *¿Qué hay en la esencia del trabajo asalariado para que sólo mediante la cooperación y la asociación actúe en su propio interés?* *¿Por qué los trabajadores deben negar la competencia para que el «deber ser» del trabajador, «las necesidades de desarrollo del trabajador» puedan realizarse?* Nuestra investigación nos lleva necesariamente más allá de la cuestión del trabajo asalariado; hasta la consideración de relaciones que no son exclusivas de la forma capitalista de producción.

Hay en *El capital* dos principios implícitos que son relevantes para esta investigación. El primero es que *toda cooperación y asociación del trabajo en la producción genera una productividad asociada y social que excede la suma de las productividades individuales y aisladas*. Así, cuando los productores cooperan trabajando juntos codo a codo, ejecutando operaciones similares o participando en procesos diferentes pero relacionados, o donde producen diversos valores de uso que corresponden a necesidades sociales (la división del trabajo en la sociedad), el efecto de su trabajo asociado y social es una pro-

ductividad incrementada. Su cooperación da como resultado «la creación de una nueva fuerza productiva, que es intrínsecamente colectiva» (Marx, 1983a, p. 400).

Esta mayor productividad del trabajo social ha sido señalada en los *Grundrisse*, donde Marx (1985a, p. 381) comentó que la combinación de individuos para construir una carretera es más que sólo una suma de sus capacidades individuales de trabajo. «La asociación de las fuerzas productivas hace que aumente su productividad.» Esta «asociación de los trabajadores: la cooperación y división del trabajo, condiciones fundamentales de la productividad del trabajo», es independiente de toda forma particular de producción (Marx, 1985b, p. 9). Sin embargo, antes aún había llamado la atención sobre la fuerza productiva multiplicada que surge a través de la cooperación de distintos individuos tal como es causada por la división del trabajo (Marx y Engels, 1958, p. 74).

Esta división y cooperación del trabajo que produce una productividad incrementada en cualquier sociedad se extiende, más allá de un lugar de trabajo particular, a la división del trabajo en la sociedad. Por ejemplo, en tanto algunos productores se ocupan de la producción de medios de producción que aumentan la productividad de otros que trabajan con esos medios, la productividad social total es más elevada que la que se daría en ausencia de esta división (o, más apropiadamente, combinación) del trabajo dentro de la sociedad. Ciertamente, el incremento de la productividad social depende crecientemente del grado en que la ciencia, el trabajo intelectual, «las fuerzas productivas generales del cerebro social», se encarnan en medios de producción (Marx, 1985b, p. 108). Aquí también la unificación de diferentes trabajadores produce una productividad más alta para los productores como un todo, una productividad social:

Aquel desarrollo de la fuerza productiva siempre se remonta, en última instancia, al carácter social del trabajo puesto en acción; a la división del trabajo dentro de la sociedad; al desarrollo del trabajo intelectual, en especial el de las ciencias naturales (1983c, p. 99).

En este planteamiento de que la productividad social depende del grado de asociación entre los productores, Marx puso de manifiesto un principio muy similar al énfasis de Adam Smith sobre la relación de la productividad y la división del trabajo (Smith, 1937, p. 3). Expresando el principio como un principio de cooperación y combinación del trabajo, sin embargo la división del trabajo es vista como importante sólo en tanto en que el trabajo «dividido» es posteriormente asociado. En resumen, estas partes tienen significación sólo como partes de un todo, las partes del trabajo social como un todo².

² En sus *Manuscritos económicos de 1861-1863* Marx (1988, p. 277) cita la objeción de Potter al concepto de la división del trabajo, «ya que la idea fundamental es de *concertación y cooperación*, no de *división* [...]». De este modo, es una *combinación de trabajadores* llevada a cabo a través de una *subdivisión de procesos*. Véase Beamish (1992) para un excelente estudio del desarrollo del pensamiento de Marx sobre la división del trabajo.

Tampoco es simplemente la combinación del trabajo como tal la que acrecienta la productividad social; existe, además, el mejoramiento de la productividad individual que ocurre cuando los productores trabajan codo con codo, lo que «se origina del hecho de que el hombre es [...], en todo caso, un animal social»:

En la cooperación planificada con otros, el obrero se despoja de sus trabas individuales y desarrolla su capacidad en cuanto parte de un género (Marx, 1983a, pp. 397 y 400).

El primer planteamiento es entonces que la productividad social del trabajo es una función positiva del grado de cooperación en la producción, es decir, de la producción social.

El segundo planteamiento en cuestión tiene que ver con la *distribución* de los beneficios de la fuerza socialmente productiva del trabajo. Afirma que en cualquier sociedad *la separación y división en relaciones sociales entre los productores permiten que quienes median entre los productores se apropien de los frutos de la cooperación productiva*. Por ejemplo, en la producción simple de mercancías, la ganancia se «deduce de la doble defraudación, a que serían sometidos los productores de mercancías, los que las compran y los que las venden, por parte del comerciante que parasitariamente se interpone entre ellos» (Marx, 1983a, p. 200). La mediación del comerciante entre los extremos, los distintos productores, le permite conseguir los beneficios de la cooperación y es la base para la formación del capital (Marx, 1983c, p. 347). De forma similar, dentro de la producción precapitalista, quienes «reúnen» a productores individuales consiguen los plusproductos del trabajo asociado. De esta manera, los palacios y los templos de las primeras sociedades fueron el resultado de la facultad de mandar a gran cantidad de trabajadores en la cooperación (Marx, 1985a, p. 382, 1983a, p. 405).

El mismo beneficio que consigue el mediador entre los productores se mantiene claramente en el interior de la producción capitalista, donde el capital media entre propietarios de fuerza de trabajo «individuales, aislados», que «entran en relaciones con el capitalista, pero no entre sí» (Marx, 1983a, p. 411). En este proceso, «los trabajadores o más bien, las capacidades individuales, son pagados, y pagados por separado. Su cooperación y la fuerza productiva que surge a partir de ella no es pagada»; es decir, el aumento en la fuerza productiva resultante de la cooperación «al capitalista no le cuesta nada» (Marx, 1988, pp. 260, 321). De este modo, habiendo comprado fuerza de trabajo y en consecuencia asegurado los derechos de propiedad de los productos del trabajo, el capitalista captura los frutos de la cooperación en la producción. «La fuerza productiva social que surge de la cooperación es un regalo gratuito» (Marx, 1988, p. 260).

En el capitalismo, las fuerzas productivas del trabajo social (la unidad colectiva en la cooperación, la combinación en la división del trabajo, el uso de las fuerzas de la naturaleza y las ciencias) aparecen como las fuerzas productivas del capital, el mediador

(Marx, 1990, p. 97; 1983a, p. 405; 1985b, p. 9). Lo que el capital consigue es la fuerza productiva del trabajo combinado socialmente, que aparece como «una fuerza productiva inherente al capital», cuyos beneficios en la productividad resultantes del carácter social del trabajo los obtiene el capitalista: «De lo que el capitalista hace uso aquí es de los beneficios de todo el sistema de la división social del trabajo» (Marx 1983a, p. 407).

¿Por qué no pueden los productores mismos apoderarse de los frutos de la cooperación en la producción? Marx nos responde: su situación depende del grado de separación entre ellos. Por ejemplo, comparando a los trabajadores rurales y urbanos en el capitalismo, señaló que «la dispersión de los obreros rurales en grandes extensiones quebranta, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los obreros urbanos» (Marx, 1983a, p. 612). De forma similar, apuntó que «en la llamada industria domiciliaria esta explotación es más desvergonzada que en la manufactura, porque con la disgregación de los obreros disminuye su capacidad de resistencia» (Marx, 1983a, p. 562). Este segundo principio implica que la *magnitud* del plusvalor extraído por quienes median entre los productores (o sea, la medida de la explotación) depende del grado de separación de los productores.

En este contexto, «la cooperación planificada» entre asalariados en el capitalismo (y la lucha contra la competencia) no es un aspecto contingente o casual del lado de los asalariados-para-sí. Por el contrario, sólo luchando por reducir su grado de separación los trabajadores pueden lograr sus objetivos. La lucha contra la existencia de un mediador entre y por encima de ellos es inherente «a la necesidad de desarrollo del trabajador». De este modo, Marx hizo más que desarrollar una crítica de la economía política del capital; también reveló su antítesis: la economía política de la clase obrera, que afirma que *la asociación del trabajo es la fuente de la productividad social y la separación de los trabajadores es la condición para su explotación*. Precisamente queda por ver cómo se manifiesta esa economía política en el seno del capitalismo (y la situación de las dos victorias antes mencionadas).

La lucha contra el capital como mediador

El aspecto positivo del capitalismo es que socializa la producción y crea una interdependencia en su interior que excede, con mucho, los niveles preexistentes. El capital tiene la tendencia, así, a crear un trabajador colectivo: asalariados que son parte de un organismo productivo y que, como tales, en la producción son Uno. Por supuesto, el incremento resultante en la productividad social no es el fin del capital, sino simplemente el medio para apropiarse del plusvalor relativo. Sin embargo, éste es uno de los aspectos de la tendencia del capital.

El otro aspecto es que el capital necesita la separación y la división entre los asalariados para apoderarse de los frutos de la cooperación en la producción. La tendencia

a «dividir para vencer» al trabajo asalariado es inmanente al capital. Como el trabajo asalariado está presente a lo largo del ciclo del capital, si éste quiere realizar su objetivo, es indispensable una permanente separación y división de los trabajadores.

Esta necesaria separación inicialmente está presente en la medida en que cada asalariado es un propietario individual y aislado de la fuerza de trabajo para quien el capital es el poseedor de valor (D-Ft). No obstante, en el interior de la producción, el mismo proceso de cooperación une a los trabajadores; y así, para imponer la producción de plusvalor (P), el capital debe desarrollar formas para estimular la separación y afirmar su autoridad (por ejemplo, división del trabajo, trabajo a destajo, etc.). Finalmente, como propietario de los productos del trabajo, el capital separa a los productores de quienes consumen, tanto individual como productivamente; la división del trabajo en el interior de la sociedad es mediada por el capital como propietario de los medios de producción y de los artículos de consumo (M'-D') [Mercancía' - Dinero'].

Así como el capital es el mediador del trabajo asalariado, separando al trabajador de su fuerza de trabajo, de su trabajo como actividad y del producto de su trabajo, también a lo largo de su ciclo el capital es el mediador entre los asalariados.

A. Las cooperativas

En estas circunstancias, la importancia de las fábricas cooperativas era evidente en el sentido en que implicaban el *reemplazo* del capital como mediador en todas las fases; en la compra de fuerza de trabajo, en la dirección y la supervisión de la producción, y en la propiedad de los productos del trabajo. En lugar de vender su fuerza de trabajo como propietarios individuales, los productores particulares cooperativos lo asocian. En lugar de caracterizarse por el despotismo del capital, la supervisión y la dirección requerida del trabajo combinado a gran escala perdía su «carácter antagónico». Y los productos del trabajo, en lugar de encarnar el poder del capital, encarnarán la relación comunal entre los cooperadores particulares, que estaba presupuesta desde el comienzo (Marx, 1985a, pp. 73-74; 1983c, p. 495). En este sentido, las fábricas cooperativas de los trabajadores representaban «el primer ejemplo de la emergencia de una nueva forma» (Marx, 1983c, p. 567). Su gran mérito era mostrar que el sistema actual de la *subordinación del trabajo* al capital, sistema despótico que lleva a la pauperización, puede ser sustituido por un sistema republicano y bienhechor de la *asociación de productores libres e iguales* (Marx, 1866, p. 346).

Pero Marx también señaló que esas fábricas cooperativas, tal como existían, necesariamente reproducían «los defectos del sistema existente». No iban más allá de la búsqueda de ganancias y la competencia; la producción cooperativa quedó aquí como un sistema aislado «basado en los intereses individuales y antagónicos», un sistema en el que

los trabajadores asociados han llegado a constituirse en «su propio capitalista, es decir, que emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo» (Marx, 1983c, p. 567)³. Más aún, en las «formas enanas» inherentes a los esfuerzos privados de los trabajadores individuales, las cooperativas «jamás podrán transformar la sociedad capitalista»:

A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo, son indispensables cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad, que sólo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, del poder estatal, de manos de los capitalistas y propietarios de la tierra a manos de los productores mismos (Marx, 1866, p. 346).

En este contexto, concentrarse en las cooperativas como los medios a través de los cuales la clase obrera podría emanciparse a sí misma indudablemente seguía siendo una «impostura y un engaño». La experiencia de 1848 a 1864 había «demostrado por encima de toda duda» que, en su estrecho medio, las cooperativas no podrían lograr transformar el capitalismo (Marx 1978, p. 77; 1864, p. 383). Sin embargo, Marx *aun así* consideraba estas fábricas cooperativas como una gran «victoria»: habían demostrado que el trabajo asalariado no era «sino una forma transitoria e inferior» del trabajo, «que el capitalista, en cuanto funcionario de la producción, se ha tornado tan superfluo como él mismo [...] considera superfluo al gran terrateniente», y «que, para rendir frutos, los medios de trabajo no necesitan ser monopolizados como medios de dominio sobre, y de extorsión contra, el mismo hombre que trabaja» (Marx, 1864, p. 383; 1983c, pp. 494-495; 1971, p. 497).

La misma existencia de talleres cooperativos, entonces, era una demostración práctica de que el capital no resultaba necesario como mediador en la producción social. Este «triunfo de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad» era un triunfo *ideológico*.

B. Contra el capital en el mercado de trabajo (D-FT)

La importancia de los talleres cooperativos residía en que apuntaban a la alternativa al capital en cada momento de su circuito. En esos momentos, pese a ello, los tra-

³ Véanse los dos artículos de 1851 sobre la «cooperación» escritos por Ernest Jones, incluidos en Marx y Engels (1979a), que los editores de la colección sugieren fueron coescritos por Marx (XXV, 687). Es incierto si esta sugerencia es cierta, dados los propios comentarios de Marx en su carta a Engels del 5 de mayo de 1851 sobre la «verdaderamente espléndida conferencia» de Jones sobre el movimiento cooperativo (Marx y Engels, 1982, p. 346); sin embargo, es cierto que Marx releyó en 1864 los artículos de 1851 y que la posición de dichos artículos es la misma que él mantuvo en 1864 (Marx y Engels, 1979a, p. 686).

bajadores se encontraban confrontando *directamente* el poder del capital. La tarea primera y principal era la lucha contra el capital como un mediador en el mercado de trabajo; la necesidad aquí era terminar con su propia desunión como vendedores de fuerza de trabajo; una desunión «que nace y se perpetúa debido a la *inevitable competencia entre ellos mismos*» (Marx, 1866, p. 347).

Sin obstáculos, el poder del capital es el poder de un comprador en un mercado de compradores: cada vendedor de fuerza de trabajo, la parte más débil en el mercado laboral, «actúa independientemente de la masa de sus competidores, y a menudo en oposición directa a ellos» (Marx, 1983c, p. 244). Esa debilidad relativa de los trabajadores no es accidental. Se basa en la existencia del desempleo, un ejército de reserva del trabajo que el capital reconstituye intrínsecamente a través del cese de acumulación o la sustitución por maquinarias. Este relativo excedente de trabajadores, entonces, es el contexto «en el que actúa la ley de la demanda y oferta de trabajo» (Marx, 1983a, pp. 769, 782 y 793). Es el fundamento para inducir a la baja del precio de la fuerza de trabajo. El resultado, como apuntaba Engels (1881b, p. 104), es que, si «negocia sin la organización de los trabajadores»:

Los salarios tienden constantemente a bajar y las horas de trabajo constantemente a aumentar [...]. Los tiempos prósperos aparecen de vez en cuando, pero los tiempos de crisis son cada vez más frecuentes. Los trabajadores se van acostumbrando a un nivel de vida cada vez más y más bajo. Mientras la prolongación de la jornada laboral se acerca cada vez más al máximo posible, los salarios se acercan cada vez más a su mínimo absoluto [...].

De este modo, si los trabajadores quieren satisfacer sus necesidades (las acostumbradas y las nuevas que son generadas en la sociedad capitalista), deben superar su desunión como vendedores de mercancías que compiten entre sí. Su necesidad de autodesarrollo, el «deber ser» de los trabajadores, les exige que desplieguen nuevas relaciones sociales entre sí que les permitan ir más allá de las barreras a la realización de sus necesidades. De esta forma, Marx argumentó que, a través de la formación de sindicatos («cuya trascendencia para la clase obrera inglesa difícilmente puede sobrestimarse»), los trabajadores tratan de controlar esa competencia; y «anular o paliar las consecuencias ruinosas que esa *ley natural de la producción capitalista* [la competencia entre trabajadores] trae aparejada para su clase» (Marx, 1983a, p. 797; 1990, p. 143). Esta acción resulta indispensable «mientras exista el actual modo de producción» (Marx, 1866, p. 348).

El propósito de los sindicatos entonces es precisamente contrarrestar la tendencia del capital a «impedir que se rebaje el *precio* de la capacidad laboral con respecto a su *valor*» (Engels, 1881b, p. 106; Marx, 1983a, p. 143). Y, en tanto que el trabajador organizado «mide sus pretensiones con la ganancia del capitalista y exige una parte del plus-

valor creado por él», existe la posibilidad de resistir la tendencia del capital. Los trabajadores aquí no permiten que los salarios «sean reducidos al mínimo absoluto; por el contrario, consiguen una cierta participación cuantitativa en el crecimiento general de la riqueza» (Marx, 1985b, p. 20; 1971, p. 312). Como comentó Engels (1881a, p. 102), el gran mérito de los sindicatos es que «ellos tienden a mantener y elevar el nivel de vida»⁴.

Por expresar los intereses de los asalariados como vendedores de mercancías, los sindicatos fueron vistos por la economía política como «una violación de la ley “eterna” y, por así decirlo, “sagrada” de la oferta y la demanda» (Marx, 1983a, p. 797; 1990, p. 144). El modelo propuesto aquí es la economía política del *capital*, que descansa sobre el egoísmo individual y la competencia; en lugar de la *economía política diferente de la clase obrera*, que surge en las formas sociales de la cooperación creadas por los trabajadores. Pero, para Marx, ese triunfo era necesariamente limitado, debido al poder del capital en el interior de la producción.

C. Contra el capital en la producción (P)

¿Qué sucede en la lucha contra el capital como mediador en la producción, donde ejerce el derecho a disponer sobre la fuerza de trabajo que ha comprado en el mercado laboral? La cuestión central aquí es la lucha contra la «voluntad» del capital y, en particular, contra el carácter capitalista de la dirección y supervisión en el interior del proceso de trabajo. Precisamente porque el objetivo del capital es el plusvalor y no la propia necesidad de desarrollo por parte del trabajador, en el interior del proceso laboral capitalista la propia voluntad de éste debe ser subordinada a la del capital. De este modo, el capital lucha para conseguir «que el trabajador ejecute su trabajo como es debido y con el grado de intensidad apropiado» (Marx, 1983a, p. 376).

Dado que los trabajadores entran en el proceso capitalista de producción como «propietarios de mercancías aislados e independientes entre sí» y que se encuentran en una relación dentro de la producción que pertenece al capital, parecería que la voluntad del capital no puede ser desafiada (Marx, 1988, p. 261). Puesto que el capital tiene el derecho a comandar el ejercicio de su fuerza de trabajo, ¿no implica esto la máxima intensidad del trabajo?

Sin embargo, recordemos que lo que ha comprado el capital es una mercancía peculiar. El vendedor, un ser humano cuyos propios fines incluyen el tiempo y la energía para

⁴El comentario de Engels (1891) en su crítica al Programa de Erfurt era: «La organización de los trabajadores, su resistencia constantemente creciente, actuará probablemente como una cierta barrera contra el crecimiento de la pobreza».

sí, entra en el proceso de producción junto a la mercancía que ha vendido. Más aún, nada en este contrato particular especifica precisamente cuán duro deben trabajar los obreros. (En este aspecto el contrato no es específico.) En consecuencia, existe en el interior de la producción la posibilidad de que los trabajadores retengan energía para sí, presionando en el sentido contrario al capitalista. En su análisis de la manufactura, Marx señala (1983a, p. 413) que los trabajadores especializados aprenden «empíricamente a alcanzar con el empleo mínimo de fuerzas el efecto útil propuesto». Ellos guardan celosamente sus habilidades y secretos mediante métodos tales como largos periodos de aprendizaje, «aun donde éste se ha vuelto superfluo» (Marx, 1983a, p. 447). Todo esto fue el resultado de la asociación de los obreros, en particular en los gremios artesanales.

Aunque al principio son inicialmente reunidos por el capital para los fines de éste y su «relación, por lo tanto, los confronta como relación del capital, no como su propia relación», los trabajadores proceden a crear sus propias relaciones en el seno de la producción (Marx, 1988, p. 261). Adquieren conciencia de su unidad como productores y de su poder contra el capital. Y, a medida que son reunidos por el capital en cantidades mayores, disminuye su grado de separación y crece su «resistencia». Efectivamente, «con la masa de los obreros simultáneamente utilizados crece su resistencia y con ésta necesariamente la presión del capital». Y cuanto mayor es el antagonismo, «tanto mayor será el papel que desempeña ese trabajo de supervisión» para sujetar al obrero al propósito del capital (Marx, 1983a, p. 402; 1983c, p. 491).

De este modo Marx observó que en el interior de la manufactura «el capital debe luchar sin pausa contra la insubordinación de los obreros», la resistencia contra el despotismo del capital que ofrecía «el obrero varón» (Marx, 1983a, p. 490). Y a pesar de «la presión del capital para doblegar esta resistencia» (y todas las demás), «durante todo el periodo manufacturero cunden las quejas acerca de la indisciplina de los obreros» (Marx, 1983a, pp. 402 y 448). Como hemos visto en el capítulo 1, la manufactura como modo de producción era una barrera al crecimiento del capital; pero no simplemente por sus limitaciones técnicas.

Así el capital superó esta barrera. La industria moderna y el sistema fabril trajeron una nueva forma de competencia para los trabajadores: una competencia con el resultado del trabajo realizado, la máquina. Ésta no sólo sustituyó el trabajo de muchos obreros, sino también se convirtió en «el arma más poderosa para reprimir las periódicas revueltas obreras, las huelgas, etc., dirigidas contra la autocracia del capital» (Marx, 1983a, p. 530). Además de liberar al capital de la dependencia de las habilidades de los trabajadores especializados (y romper la resistencia que ofrecía «el obrero varón al despotismo del capital»), la máquina se convirtió en el fundamento de la intensificación del trabajo y en el surgimiento de una «disciplina cuartelaria» en la fábrica (Marx, 1983a, pp. 498 y 517). No sólo las condiciones laborales llegaron a dominar tecnológi-

camente al trabajo, sino que también «lo sustituyen, lo oprimen, lo vuelven superfluo en sus formas autónomas» (Marx, 1990, p. 97). Así fue como el capital pudo derrotar la resistencia de los obreros en la producción, reestructurando la producción.

Pero, en realidad, no consiguió tanto. Marx *sobrestimó* la victoria del capital a partir de la máquina en su época y subestimó la capacidad de los obreros de poner límites a las tiránicas «usurpaciones del capital» (Marx, 1987, p. 139), presionando en sentido contrario. En parte el problema resulta de la brecha muy importante entre la máquina «real» y su concepto (que está *latente* en la misma). Si el obrero está *realmente* reducido a ser «guardián y regulador del proceso de producción mismo», el potencial y la forma de la oposición en el interior de la producción sería muy limitado (Marx, 1985b, p. 114). Sin embargo, mientras el operador de la máquina no ha sido aún «privado de toda importancia», el potencial para oponerse al capital en el interior de la producción está obviamente todavía presente (Marx, 1983a, p. 521).

En esta medida había una importante contratendencia intrínseca en la máquina como capital fijo. El mismo crecimiento del capital fijo hace indispensable la continuidad del proceso de producción; «todo alto en el proceso de la producción se traduce directamente en la reducción del capital mismo, es decir, de su valor inicial». El desarrollo de la industria de maquinarias hace al capital *más*, en vez de menos, vulnerable al arma de las huelgas: El capital está en una forma en la que «pierde valor de uso y valor de cambio cada vez que es privado de contacto con el trabajo vivo» (Marx, 1985b, pp. 113 y 127). De este modo, el potencial de los trabajadores de imponer su voluntad en la producción *no* fue automáticamente eliminado con el surgimiento de la industria a gran escala. Si no fuera para derrotar la fuerza de los obreros en el interior del proceso de producción, ¿para qué introduciría el capital medios para dividir a los trabajadores (como el trabajo a destajo y distintas formas de segmentación del trabajo)?⁵

Sin embargo, para Marx éste no era el único elemento sobre la importancia de la máquina. Su convicción sobre la debilidad de los sindicatos se basaba en el conocimiento de la crucial interacción entre lo que pasa en la esfera de la producción y lo que pasa en la compra y venta de fuerza de trabajo. Contra la visión optimista de los economistas políticos del capital, Marx señaló la tendencia de la maquinaria a desplazar trabajadores, aumentando el ejército de reserva del trabajo, y a bajar los salarios.

Esto significaba para los obreros tener que realizar trabajo adicional «para asegurar apenas un miserable salario medio», un proceso que, bajo las Actas Fabriles, ocurría mediante la intensificación del trabajo (por la vía del mecanismo de los pagos a destajo). El efecto era hacer «la oferta de trabajo en cierta medida independiente de la oferta de trabajadores»; los salarios caían aún más, lo que «completa el despotismo del capital» sobre la base de las ciegas leyes de la oferta y la demanda (Marx, 1983a, pp. 668, 680 y 797).

⁵ Véase, por ejemplo, la discusión en Gordon, Edwards y Reich (1982).

De este modo, debido al poder del capital como propietario de los medios de producción, en sus luchas salariales los sindicatos *necesariamente* estaban «luchando contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos», causas que emanan del poder del capital fuera del mercado laboral. Y necesariamente ellos estaban peleando una batalla *perdida* («contener el movimiento descendente, pero no cambiando su dirección»), a causa de que la «tendencia general de la producción capitalista» es reducir el nivel medio del salario «más o menos a su *límite mínimo*» (Marx, 1987, p. 140)⁶.

D. Contra el capital como propietario de los productos del trabajo (M'-D')

¿Qué circunstancia le otorga al capital el poder de desechar a los hombres y reemplazarlos con las máquinas? Simplemente, la circunstancia de ser el dueño del proceso de producción y que, habiendo tomado posesión de la producción, persigue su particular finalidad: el plusvalor. El capital tiene este poder porque, habiendo comprado fuerza de trabajo, es el propietario de los productos del trabajo y en consecuencia el beneficiario inmediato de toda la riqueza social producida por el trabajador colectivo.

Como propietario de artículos de consumo, el capital decide cuántos y qué valores de uso en particular serán producidos y en qué términos serán transferidos a quienes los demandan. Para el capital, sólo se producirá un valor de uso que es M' (es decir, una mercancía que contiene plusvalor), y sólo uno cuyo plusvalor pueda ser *realizado* (esto es, que pueda dar el salto mortal de M' a D'). Limitando así la producción de valores de uso que satisfagan su finalidad, el capital determina la cantidad y la naturaleza de las necesidades humanas que serán satisfechas.

De forma similar, como propietario de los medios de producción, el capital tiene el poder de determinar si dichos medios serán usados y cómo excluir de su uso a otros. Habiendo adquirido los resultados del trabajo social pasado, el capital puede determinar la cantidad y la naturaleza del trabajo que se ha de realizar. Así como media entre los vendedores aislados de la fuerza de trabajo y las partes de un organismo productivo, como propietario de los productos del trabajo, el capital media entre el productor y el consumidor, entre el trabajador que produce medios de producción y el trabajador que los usa, entre el cerebro social y la mano social. Decide sobre la división del trabajo en la sociedad. Todo el poder del trabajador colectivo es del capital: él ejerce sobre la sociedad su dictadura.

Pero el poder del capital es mistificado. Como propietario de artículos de consumo, el poder del capital está oculto por la mistificación que se adhiere al producto del tra-

bajo como mercancía. El capital aparece aquí simplemente como el vendedor individual de una mercancía y el trabajo asalariado, como el comprador individual; ambos como participantes en una relación de intercambio simple (M-D-M); aquí las relaciones capitalistas de producción no aparecen en absoluto: en M'-D', las diferencias entre las partes contractuales como capitalista y trabajador asalariado se borran como en una niebla (Marx, 1985a, p. 137; 1985b, p. 58).

En vez de ser el resultado de la mediación del capital entre productores, la división social del trabajo existente aparece en el mercado como «una concatenación objetiva, que nace de un modo natural». Las relaciones de los individuos entre sí se muestran como un poder autónomo sobre ellos; «aparecen como *condiciones naturales*, sustraídas al control de los individuos, aunque son engendradas por la sociedad» (Marx, 1985a, pp. 95 y 66). En resumen, la unidad y complementariedad mutua en la división del trabajo social existe «en la forma de una relación natural, por así decir, externa a los individuos e independiente de ellos» (Marx, 1985a, p. 61).

Es como *individuo* que los asalariados experimentan su impotencia en esta esfera y esta impotencia (su incapacidad para satisfacer necesidades, etc.) no aparece en forma destacada como el resultado del poder del capital como mediador de la sociedad. En su lugar, aparece como impotencia del individuo respecto de la sociedad, que se expresa como ausencia de una cosa, *el dinero*. La dependencia del asalariado respecto del capital, poseedor del dinero, es causada por la separación del productor y el producto, por obra del mismo capital, «poder social en la forma de una cosa» (Marx, 1985a, p. 61).

De forma similar, como propietario de los medios de producción, el capital «confronta a la sociedad como una cosa, y como el poder que el capitalista tiene mediante esta cosa» (Marx, 1981b, p. 373). Las condiciones materiales de producción de la comunidad de trabajo «se presentan como *dadas e independientes* de él, como *forma del capital*» (Marx, 1990, p. 95). Ellas «se contraponen a los obreros individuales autónomamente, como un ente *ajeno, objetivo, preexistente a ellos*, que está allí sin y a menudo contra su concurso» (Marx, 1990, p. 96). Esto se vuelve especialmente verdadero con el desarrollo de la industria de maquinarias, donde «el trabajo objetivado se enfrenta al trabajo vivo como la potencia dominante», y donde el saber es algo extraño y externo para el trabajador (Marx, 1985b, pp. 108-109).

Dado que las fuerzas productivas del trabajo social son propiedad del capital y de este modo «el desarrollo de las fuerzas productivas *sociales* del trabajo y las condiciones de estos desarrollos se presentan como *obra del capital*», parece de sentido común que el trabajador depende del capital para la producción de riqueza (Marx, 1990, p. 97). Muy insignificante debe de sentirse el trabajador individual, pues la «elevación del trabajo directo al rango de trabajo social se ve, de hecho, reducida a la impotencia por la potencia colectiva y concentrada del capital» (Marx, 1985b, p. 110).

El poder del capital como dueño de los productos del trabajo es, en consecuencia, absoluto y mistificado. Sin embargo, dado que su poder como poseedor subyace a (y

⁶ ¿Qué sucede con el efecto de las máquinas sobre la productividad y, de este modo, con el valor de la canasta de consumo del trabajador? Lo discutiremos en el próximo capítulo.

continuamente reproduce) su poder como comprador de fuerza de trabajo y dirigente del trabajo, sólo un desafío a su poder como propietario de los productos del trabajo puede satisfacer la necesidad de desarrollo de los trabajadores. Pero el poder del capital en esta esfera no sólo está mistificado, sino que es también cualitativamente diferente. No hay un campo directo de confrontación entre capitalistas *específicos* y asalariados *específicos* en esta esfera, comparable a lo que surge espontáneamente en el mercado laboral y el lugar de trabajo. *El poder del capital como propietario de los productos del trabajo y como mediador de la división del trabajo en la sociedad aparece como la dependencia del trabajo asalariado respecto del capital-como-totalidad.*

Es sintomático que el poder del capital como mediador en la sociedad trasciende la capacidad de los sindicatos para combatirlo. ¿Cómo pueden determinados sectores de obreros obligar al capital a producir valores de uso que no realicen el plusvalor? ¿O usar sus medios de producción, el producto del trabajo social, para satisfacer las necesidades de seres humanos socialmente desarrollados? Exigir esto equivale a exigir que el capital sea no-capital; que el capital renuncie a su propiedad.

Además, ¿a través de qué medio plantear esa exigencia? Los sindicatos actúan en oposición a capitales específicos y particulares. *Sin embargo, el poder que debe confrontarse es el del capital como una totalidad, y sólo en tanto que es una totalidad.* Ausente esa oposición total, los sindicatos luchan contra los efectos en el mercado laboral y el lugar de trabajo, pero no contra sus causas.

De este modo, el mismo carácter de las relaciones existentes entre los trabajadores puede surgir él mismo como una barrera al impulso de los trabajadores por su autodesarrollo. Precisamente por esa razón, Marx criticaba a los sindicatos por limitarse a una guerra de guerrillas contra el capital. Los sindicatos «no han adquirido aún plena conciencia de su fuerza en la lucha contra el sistema de la esclavitud asalariada. Por eso han estado demasiado al margen del movimiento general social y político». Los sindicatos, «aparte de sus propósitos originales», debían ahora aprender a actuar deliberadamente como centros organizadores de la clase obrera «ante el magno objetivo de su *completa emancipación*». Con ese fin, tenían que ir más allá de las luchas puramente económicas: «Deben apoyar a todo movimiento social y político en esta dirección» (Marx, 1866, pp. 348-349). Marx estaba subrayando la necesidad de una mayor unidad de los trabajadores como clase.

Es en este contexto que debemos advertir la importancia de la Ley de las Diez Horas. ¿Cuál era precisamente ese triunfo? Ciertamente, sacaba a la luz del día la lucha de clases del capital y el trabajo asalariado sobre la jornada laboral; también, como la organización de los sindicatos, reprimía la competencia entre los trabajadores sobre la extensión de la jornada laboral. Pero su triunfo *real* es que revelaba claramente que el trabajo asalariado necesitaba lucha política y el uso del Estado para lograr triunfar en este caso! La Ley de las Diez Horas, después de todo, era un acto legislativo; *tenía* que serlo:

Por lo que atañe a la limitación de la jornada de trabajo, lo mismo en Inglaterra que en todos los demás países, nunca se ha reglamentado sino por injerencia de la ley. Sin la constante presión de los obreros desde afuera, la ley jamás habría tenido lugar. En todo caso, este resultado no podría alcanzarse mediante convenios privados entre los obreros y los capitalistas. Esta necesidad de una acción política general es precisamente la que demuestra que, en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte (Marx, 1987, p. 136).

En resumen, sólo yendo más allá del «movimiento puramente económico», para actuar *políticamente* como una clase, podría la clase obrera forzar al capital «presionando desde fuera» para lograr un objetivo que no sería logrado por convenios privados. Sólo mediante un «movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea vinculante para toda la sociedad»⁷. Pero imponer los intereses del trabajo asalariado en esa forma significaba, por supuesto, usar al Estado, *en el seno del capitalismo*, en interés de los trabajadores. La Ley de las Diez Horas demostró «a la luz del día» que era posible para la economía política de la clase obrera triunfar sobre la del capital cuando los trabajadores iban más allá de la guerra de guerrillas.

Esa victoria en el caso de la Ley de las Diez Horas demostró que era necesario desafiar al poder del capital como dueño de los productos del trabajo y mediador de la sociedad. Porque precisamente donde tenemos el poder del capital como una totalidad en oposición a los intereses individuales separados de los trabajadores, los intereses de los trabajadores como un todo tienen que ser impuestos en una «forma que sea vinculante para toda la sociedad». Los convenios privados «entre los obreros y los capitalistas» no pueden bastar. Efectivamente, en tanto tales esfuerzos sean opuestos a los intereses de los trabajadores como un todo, es necesario imponer la fuerza socialmente coercitiva no sólo al capital, sino *también a los asalariados como individuos egoístas.*

En el caso de la limitación de la jornada laboral, por ejemplo, Marx apuntó que «los trabajadores tienen que confederar sus cabezas e imponer, como clase, una ley estatal, una barrera social infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia por medio de un contrato libre con el capital para la muerte y la esclavitud» (Marx, 1983a, p. 364).

En forma similar, la lucha contra el trabajo infantil existente y por la educación pública implicaba salvar a los niños no sólo del capital, sino también de los actos individuales de sus padres. Los niños, señalaba Marx, «son incapaces [de defender sus derechos]. Ésta es la razón de que la sociedad tenga el deber de intervenir en su favor». Dado que el futuro de la sociedad dependía de la reivindicación de los derechos de los

⁷ Marx a F. Bolte, 23 de noviembre de 1871, en Marx y Engels (1965, pp. 270-271).

niños y de su formación, las «instrucciones» de Marx a los delegados de la Primera Internacional enfatizaban la necesidad de una acción política por parte de los obreros:

Esto sólo se puede conseguir mediante la transformación de la razón social en fuerza social, y, en las circunstancias presentes, esto sólo es posible a través de leyes generales, aplicadas por el poder del Estado. Con la aplicación de semejantes leyes, la clase obrera no fortalece en modo alguno al poder del Gobierno. Por el contrario, convierte en arma propia el poder que se utiliza ahora contra ella, consigue mediante un acto general lo que estaría procurando en vano a través de multitud de esfuerzos individuales dispersos (Marx, 1866, pp. 344-345).

La misma lógica que exige a los obreros «confederar sus cabezas» y actuar como clase para imponer una ley que limite la jornada laboral, sin embargo, también se aplica a una lucha para hacer que el Estado sirva los intereses de los asalariados, por ejemplo, legalizando y apoyando la existencia de sindicatos o llevando adelante políticas que reduzcan el nivel de desempleo. La acción política general dirigida a hacer del Estado «el arma propia» de los obreros es necesaria porque «en el terreno puramente económico, el capital es la parte más fuerte».

En las raíces del poder del capital en general está su poder como propietario de los productos del trabajo, que los obreros sólo pueden desafiar actuando políticamente como clase. Por supuesto, éste fue el mensaje de la Primera Internacional: «La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera» (Marx, 1864, p. 384). Y éste era el mensaje que Marx y Engels siguieron enfatizando en el *Manifiesto Comunista*: «El primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia» (Marx y Engels, 1998, pp. 60-61).

La economía política del trabajo asalariado

Quienes median entre los productores tienen interés en mantener y aumentar el grado de separación, división y atomización entre ellos, para continuar asegurándose los frutos de la cooperación en la producción. El capital lo logra alentando la competencia entre obreros en una empresa, entre obreros en diferentes empresas, entre el trabajo realizado y el vivo; su poder depende de la apariencia de que los individuos particulares y grupos particulares de individuos, actuando con su egoísmo individual, pueden lograr imponer sus propios intereses particulares. El egoísmo individual y la competencia constituyen la economía política del capital.

La economía política de los asalariados, por el contrario, parte del reconocimiento de que la productividad social es el resultado de la asociación del trabajo social, de la

cooperación de los miembros y los órganos del trabajador colectivo. Y afirma que sólo reduciendo el grado de separación, que sólo mediante la asociación y la unidad, pueden los asalariados tomar los frutos de la cooperación *para sí mismos* y satisfacer así sus «necesidades de desarrollo». Esa economía política se concentra en la necesidad de eliminar al capital como mediador entre los trabajadores *en su conjunto*; y en la naturaleza intrínseca de las luchas puramente económicas y políticas contra el capital. Los dos triunfos de la economía política de la clase obrera revelaron el objetivo (la «nueva forma» de producción) y los medios para lograrlo.

La totalidad de las dimensiones de la economía política de los asalariados sólo se aclara en relación a la consideración del capital como una totalidad. Mientras nos desplazamos por el ciclo del capital, aparecen diferentes aspectos de la lucha contra el capital como mediador. Desde vendedores de fuerza de trabajo, cuya autoafirmación como vendedores de mercancías no supera la relación capital/trabajo asalariado, hasta productores en el lugar de trabajo, cuya afirmación de sus necesidades en tanto productores implícitamente van más allá de la dirección capitalista; o a asalariados *como una clase* que afirma políticamente las necesidades de los obreros como seres humanos en oposición a la propiedad del capital: cada momento contiene al precedente y representa un nivel *superior* de lucha contra el capital.

De este modo, la consideración explícita de la parte del trabajo asalariado para sí nos revela que hay una relación integral entre el análisis «puramente económico» de *El capital* y la lucha política contra el capital, intrínseca en la economía política de Marx. Por esta razón, Marx tenía poca paciencia con la posición de los proudhonistas en la Primera Internacional:

Mantienen una actitud despectiva hacia todo lo revolucionario, es decir, hacia toda acción que dimane de la propia lucha de clases, hacia todo movimiento social concentrado que, por lo tanto, pueda conducirse también por medios políticos (por ejemplo, la reducción de la jornada laboral) (Marx y Engels, 1976, p. 23).

Si comprendemos la concepción de Marx de la economía política de la clase obrera, es evidente que va mucho más allá de las cuestiones sindicales de los dos primeros momentos (D-FT y P) del ciclo del capital. No hemos llegado, sin embargo, al punto donde podamos decir que ya poseemos una visión completa de esa economía política de la clase obrera y la lucha política que ésta incluye; ésta es una razón por la que este capítulo tiene el título más modesto de «La economía política del trabajo asalariado». Necesitamos comprender, por ejemplo, los límites del Estado capitalista para ir más allá del capital. Por lo tanto, tenemos todavía que investigar a fondo cómo pueden los obreros ir más allá del capital, en lugar de sólo bregar por sus intereses dentro del capitalismo.